

Queridos hermanos y hermanas: Hoy nos reunimos con profunda alegría y gratitud para celebrar los 80 años de nuestra querida Capilla Santo Cristo. Ocho décadas de historia, encuentros, oraciones, alegrías compartidas y también de dificultades atravesadas con fe. Este lugar es mucho más que un edificio, es una casa de Dios y una casa para todos.

Las lecturas de hoy nos ofrecen una imagen hermosa para comprender esta celebración: Dios prepara una mesa y nos invita a compartirla.

El profeta Isaías anuncia un gran banquete, donde Dios reúne a todos los pueblos, enjuga las lágrimas y destruye la muerte para siempre. Es la imagen de un Dios que no se desentiende de nuestra historia, sino que quiere compartir nuestra vida y regalarnos esperanza.

El Evangelio nos presenta también un banquete, pero agrega algo importante: no todos aceptan la invitación. Algunos están demasiado ocupados con sus propios asuntos. Otros, sencillamente, no quieren participar. Y entonces el rey manda salir a los caminos para invitar a todos. ¡Qué hermosa imagen de la Iglesia que estamos llamados a construir! Una comunidad de puertas abiertas, que sale al encuentro, que no excluye y que tiene lugar para todos.

Jesús también nos recuerda, con la imagen del traje de fiesta, que no basta con aceptar la invitación. Es necesario dejar que el encuentro con Dios transforme nuestra manera de vivir. El verdadero traje de fiesta es una vida revestida de amor, misericordia y compromiso con los hermanos.

Celebrar ochenta años no significa solamente mirar hacia atrás, es también preguntarnos: ¿qué comunidad queremos seguir construyendo? ¿Una capilla que simplemente conserva sus tradiciones o una comunidad viva, que transmite la fe y sale al encuentro de quienes más necesitan?

El salmo nos recuerda: «El Señor es mi pastor, nada me puede faltar». Seguramente, a lo largo de estas ocho décadas, hubo momentos difíciles, tiempos de escasez, enfermedades, despedidas y preocupaciones. Pero el Señor nunca abandonó a su pueblo. San Pablo nos enseña algo parecido cuando afirma que aprendió a vivir tanto en la abundancia como en la necesidad. Y reconoce con gratitud a quienes compartieron sus dificultades.

Hoy queremos agradecer a quienes, con sacrificio y generosidad, levantaron esta capilla; a quienes la cuidaron, sostuvieron sus celebraciones y transmitieron la fe de generación en generación. Muchos ya descansan en la casa del Padre. Su testimonio sigue vivo entre nosotros. No podemos olvidar el nombre de esta capilla: Santo Cristo. La cruz de Jesús nos recuerda que el amor verdadero se entrega, acompaña y permanece fiel.

Que estos ochenta años nos impulsen a renovar nuestra fe, fortalecer los vínculos entre vecinos y transmitir a los más jóvenes la alegría de pertenecer a esta comunidad. Que nadie se sienta extraño en esta casa. Que siempre haya una palabra de consuelo, una mano tendida y una mesa compartida. Que María, nuestra Madre de Itatí, acompañe el caminar de esta comunidad. Ochenta años son una historia para agradecer, una fe para celebrar y una misión para continuar. Amén.